
EL ENCANTO Y SUS ENCRUCIJADAS

Julio R. Aramberri



1

El triunfo electoral del PSOE ha significado, entre muchas otras cosas, la aparición de un proceso de repolitización en la sociedad española. La muestra más palpable ha sido la disminución de la abstención desde las elecciones de 1979 y el aumento absoluto del número de votantes en relación con las del 77, en las cuales no pudieron votar aún los menores de 21 años.

La posibilidad, la necesidad de un gobierno coherente así como la posibilidad, la necesidad de emprender una serie de cambios inaplazables que el gobierno de Calvo-Sotelo no quería enfrentar en modo alguno, han hecho que se cortase aquella corriente del desencanto que tanto había preocupado en los últimos años. Hoy todos estamos encantados.

Imagino que habrá aumentado mucho con el triunfo electoral del PSOE la satisfacción de algunos bienpensantes que se han mostrado encantados de que las gentes se hubiesen desencantado del desencanto. Su argumento era meridiano. El desencanto había sido el mal despertar de un bello sueño. Los ideales milenaristas de buena parte de la izquierda española

habían chocado con una dura realidad durante los primeros años de la transición y habían reaccionado frente a ella con un desplante que se movía entre la tentación

El electrochoque del 23-F tuvo más virtudes terapéuticas que un largo tratamiento psicoanalítico.

eremítica y las del epicureísmo vulgar: lujuria, gula y vanidad. El desinterés por la política y el desprecio por los políticos se vieron bruscamente truncados por la irrupción del Gran Turco, en la figura aborrecible de Milans y de Tejero. Tan breve y estremecedor brillo del despotismo oriental como futuro previsible llevó al despertar de los venecianos, sumidos en la molicie, y les hizo ver que era menester abandonar su sueño dogmático, que lo mejor es enemigo de lo bueno y que su desencanto formaba cuerpo indisoluble con una ilusión injustificada. El electrochoque del 23-F tuvo más virtudes terapéuticas que un largo tratamiento psicoanalítico; en un santiamén nos reconcilió con la realidad y sus testarudas limitaciones. El fin del desencanto era el alba de la sociología de lo posible.

Es un argumento tramposo. Aunque sirviese para describir el comportamiento de algunos escritores que, tras criticar ayer al poder en todas sus formas, macro o microfísicas, han descubierto hoy la simetría de los poderes y la superioridad del Estado democrático, descubrimiento que no por serlo del Mediterráneo honra menos a sus patrocinadores; aunque sirviese para poco más que eso, digo, se presentaba con tal pretensión de universalidad que no podía por menos de incurrir en la simpleza jesuítica de vestir al maniqueo. Así, bajo el generoso manto del milenarismo se cobijaban todos y cada uno de aquellos proyectos políticos que no fueran del gusto del autor. No creo, empero, que haya sido el milenarismo la causa del hundimiento del proyecto carrillista, ese eurocomunismo en el que, no hace mucho, algunos veían una salida a la crisis del marxismo. No parece que haya sido precisamente el milenarismo la ideología defendida por la izquierda socialista, ni tampoco por otras

opciones de extrema izquierda que sólo se han distinguido por exigir que las reformas necesarias sean realmente radicales, que el reformismo radical del que se habla sea ambas cosas. O, tal vez, ¿es el reformismo radical también milenarista?

Si queremos entender, hemos de evitar la trampa hegeliana de la razón en la historia, que, además, cuadra mal con el positivismo estrecho de los discípulos confesos de Bernstein. Hay que hablar en términos más acordes con un mundo secularizado. La dialéctica milenarismo/realismo no es un lenguaje operacional, que diría el otro. De lo que se trata es de comparar proyectos políticos y de analizar las condiciones que han hecho posible el éxito de uno de entre los varios que ha manejado la izquierda durante los últimos años. Pienso que si alguien puede estar encantado en este momento son todos aquellos que han contribuido a articular, primero, y llevar al éxito, después, la estrategia moderada de la mayoría del PSOE desde la celebración del Congreso Extraordinario. Su apuesta ha ganado.

En efecto, la abrumadora mayoría que se fue forjando a partir de ese momento se unificaba en torno a la posibilidad de un triunfo electoral que se produciría si las reformas políticas, sociales y económicas que se defendían fueran moderadas. Un mensaje que, al parecer, ha entendido y seguido una buena parte del electorado que, hasta hoy, no había votado socialista.

De que el mensaje ha sido moderado, tanto en su fondo como en su forma, no caben dudas. El programa electoral del PSOE se articulaba en torno al slogan *Por el cambio*, aunque, en realidad, en el mismo se contemplasen muy escasos cambios o reformas de las que, antes, los enterados llamaban *de estructuras*. El cambio al que se aludía no era ni económico ni político. En ambos terrenos sólo se proponía

una gestión más racional de la crisis y la consolidación de la democracia, entendida como un proceso fundamentalmente parlamentario. Eran, evidentemente, compromisos genéricos. Los compromisos específicos como la creación de ochocientos mil puestos de trabajo o el referéndum para la salida de la OTAN se han ido difuminando a medida que la campaña avanzaba.

De suerte que, poco a poco, lo que emergía era un compromiso con el cambio moral, con un modo distinto de hacer las cosas, con la apelación al regeneracionismo, con un discurso sobre la disminución de las desigualdades sociales. Hay mucho malicioso que cree en la proporcionalidad inversa entre los cambios efectivos y la moral; cuantas menos cosas que ofrecer, más importante la retórica sagrada. Algo de eso parecían pensar los ricos de este país. Con cada llamada a la responsabilidad, al esfuerzo y al trabajo subía la Bolsa un punto.

Pero es indudable que, con toda su ambigüedad, el proyecto de un socialismo moderado y gestor de la crisis se ha impuesto con la rotundidad de diez millones de votos. Más aún, que ese proyecto, por paradójico que parezca, ha recibido apoyos por la derecha y por la izquierda. De los cuatro millones de electores que por primera vez han votado al PSOE, los sustraídos a UCD deben ser tantos como los que han abandonado al PCE o a la extrema izquierda. Así pues, este proyecto tiene hoy un apoyo social verdaderamente extraordinario. Nunca —hay que insistir en ello— ha tenido la izquierda de este país una posibilidad similar. Pocos gobernantes en la Europa actual podrán presumir de tan amplio apoyo, del electorado y de su propio partido, como Felipe González. Como ha dicho alguien, no cabrán excusas para no cumplir las promesas electorales.

Si algo no ha salido de acuerdo con las

previsiones que el proyecto socialista mayoritario establecía, ha sido el hundimiento del centro. Esto exige una reflexión. Quienes creen que la historia es una marcha más o menos complicada hacia la racionalidad universal, apuestan por la posibilidad de que esa razón se imponga al conflicto de los intereses. Haciendo abstracción de éstos, suponen que cada agente social tiene asignadas unas funciones que debe cumplir. El papel histórico de la burguesía consiste en hacer la revolución burguesa. Pero, a menudo, los hechos no están en consonancia con las expectativas. En nuestro país, por ejemplo, la burguesía ha sido tradicionalmente incapaz de asentar una sociedad moderna y un régimen político democrático. No es que la burguesía española sea especialmente tozuda y se niegue a aprender lo que le conviene. Para sectores muy importantes de la misma, la revolución burguesa sólo es

**Hay muchos maliciosos
que creen en la proporcionalidad
inversa
entre los cambios efectivos
y la moral.**

posible a condición de que sus intereses se vean seriamente perjudicados. Ante esa posibilidad, lógicamente, los sectores predominantes de la burguesía española abdicarán de su tarea histórica y tratarán de asegurarse la bolsa.

La historia de UCD es una repetición, en circunstancias distintas y más favorables, de la vieja representación. UCD, desde el momento de su creación, se presenta como un conglomerado de fuerzas heterogéneas que tratan de hegemonizar la transición política, buscando legitimación para ello en la promesa, nuevamente repetida, de convertir a España en un país capitalista avanzado. Pero tan pronto como, con la ayuda de la izquierda, comienzan a controlarse los posibles excesos de la transición se ponen de manifiesto sus limitaciones. Muy pronto, las distintas fuerzas que hay en su seno, atentas a los vientos que soplan desde la patronal, la iglesia y sectores del aparato de Estado, comienzan a poner límites a todo intento de reforma. Los impulsores de la reforma fiscal o del divorcio en las filas de UCD se

quedan progresivamente aislados; Suárez, antes, había tenido que dimitir al chocar con los mismos obstáculos. El gobierno de Calvo-Sotelo marcó, lógicamente, el cenit de la inoperancia y su dontancredismo significaba que ningún cambio sería posible.

¿Quiere esto decir que en este país sea imposible construir una sociedad moderna y democrática? Lo que significa, más bien, es que esa tarea difícilmente puede ser asumida por los partidos políticos de la derecha y que es una responsabilidad que incumbe a la izquierda. Felipe González acertaba al decir que la revolución burguesa aquí teníamos que hacerla nosotros. Pero, tal vez, no reparaba en que esa tarea, aun facilitada por la integración creciente de España en el sistema capitalista mundial, va a exigir un enfrentamiento a fondo con fuerzas muy poderosas de la sociedad española, aun para llevar a cabo un programa tan moderado como el que acaba de recoger el apoyo mayoritario de nuestra sociedad.

En efecto, la debilidad del centro se ha visto subrayada no sólo porque cerca de un 35 % de su antiguo electorado se haya pasado al PSOE, sino también porque una cantidad similar se ha ido tras los pasos de Fraga. Un Fraga que, además, ha sido votado por buena parte de la antigua y moderna extrema derecha; que, ya desde el principio de su labor como jefe de la oposición, comprende a los golpistas, en clara muestra de que estará con un pie fuera y otro dentro del sistema democrático. En AP-PDP se van a manifestar, ya sin necesidad de disfraces, todas las resistencias a los menores cambios, todas las veleidades y guiños hacia un sistema autoritario, todos los intereses intocables de los diversos corporativismos del país, toda la negrura del clericalismo español. Hacer la revolución burguesa frente a esos adversarios va a exigir, para no que-

darse en la mera declaración de intenciones, un amplio esfuerzo de movilización social, un horizonte de transformaciones con el que puedan identificarse de forma duradera los actuales votantes socialistas. Es un reto que no se podrá esquivar.

Para terminar el censo de encantados, hay que decir que también lo estamos quienes deseáramos una mayor claridad en el programa socialista y una estrategia que preparase a sus seguidores a las dificultades que se avecinan. Nuevamente en la historia de España nos encontramos con la oportunidad de contener una sociedad a la cual ya no dé sonrojo pertenecer, la pluralista y tolerante; una sociedad abierta, en la que los méritos de cada quien y su esfuerzo sean cada vez más la medida del papel que desempeñe socialmente; una sociedad en la que los medios culturales estén al alcance de todos y la creatividad individual y colectiva se disparen. Esta es una oportunidad que no debe desaprovecharse, en la que todos deberemos colaborar. Sin duda, además de arrimar el hombro allá donde se desee contar con nosotros, si es que quieren hacerlo, muchos de quienes hoy también estamos encantados seguimos creyendo que una de las mejores colaboraciones que pueden aportarse es la de una crítica que evite mitificaciones interesadas o que se cierren los ojos ante los defectos y lagunas, por aquello de que la ropa sucia hay que lavarla en casa. Sin la crítica y su expresión, como sin el trabajo serio y responsable, cundiría nuevamente el fantasma del desencanto.

Por eso, no parece ocioso acabar este artículo con una reflexión sobre las dificultades con que se va a topar el proyecto socialista mayoritario, no ya desde el exterior (paro, crisis, terrorismo, golpismo, una oposición asilvestrada, etc.), sino también desde su propio seno.

**No cabrán
excusas
para no cumplir
las promesas
electorales.**

¿Todos encantados?

Todavía es demasiado pronto para saber qué límites va a autoimponerse el futuro gobierno socialista y habrá que espe-

rar a que se manifiesten para hablar de ellos. Sin embargo, se pueden apuntar algunas cuestiones en relación con la sociedad en general, con el electorado socialista y con el propio partido.

Uno de los aspectos más preocupantes de las relaciones entre el futuro gobierno y la sociedad es, a mi entender, la política de información. No basta sólo con hacer la política acertada. En una sociedad industrial, es menester que esas medidas sean adecuadamente presentadas y recogidas por los medios de comunicación, a fin de que el apoyo social a las mismas siga siendo mayoritario. Pero, hasta el momento, la política socialista en este campo ha sido muy deficiente. El modelo social vigente en nuestro país es un sistema mixto en la mayoría de los medios de co-

municación (prensa y radio estatales junto a cadenas de diarios y emisoras en manos privadas), y de monopolio estatal para el medio televisivo. La política socialis-

ta de información hasta la fecha ha abandonado la prensa y la radio en manos de la derecha, en sus diversos matices, sin hacer ningún esfuerzo porque surgiesen, en la sociedad civil, medios de comunicación progresistas con amplia implantación. Al carecer de ellos, se hacían sentir lógicas tensiones, favorables a la continuación de aquella extraña economía mixta, a menudo defendida en nombre de los trabajadores de los antiguos medios de comunicación del Estado. El mensaje que se oía, entre tanto silencio, parecía ser el de que, una vez llegados los socialistas al gobierno, esos medios podrían utilizarse adecuadamente para apoyar al poder. La cosa era meridiana en el terreno de la televisión: una defensa a ultranza del monopolio con la promesa de que todo cambiaría tan pronto como llegase el gran día. Ni una palabra sobre las razones por las cuales no puede haber televisión privada en un sistema de economía social de mercado; ni una idea innovadora sobre las posibilidades tecnológicas y económicas que

**Hacer la revolución
burguesa va a exigir
un amplio esfuerzo
de movilización
social.**

permiten a la izquierda competir en este terreno con las poderosas cadenas privadas que defenderán los intereses del capital. Indudablemente, falta una concepción de la comunicación que libre a los órganos de izquierda de ser la voz de su amo o insoportables medios de los que, por definición, se excluya toda aquella porción de la vida que no puede reducirse, ni mediante el más estrecho sociologismo, a la política. En el fondo, parece como si la izquierda confesase su incapacidad para informar y distraer en régimen de competencia, y hubiese de acudir al monopolio estatal para obligar a los ciudadanos a que la escuchasen; conclusión lógica de esa visión verticalista de la información y menospreciadora del ocio que parece ser su destino histórico.

El resultado es que el gobierno socialista llega a ejercer sus funciones en las peores condiciones posibles en este terreno, sin una red de diarios y emisoras que puedan respaldar y criticar de forma progresista su gestión, apoyándose contradictoriamente en el beneplácito de aquellos órganos que pertenecen a lo más civilizado del capital, y con la seguramente imposible empresa de limpiar las cuadras de Augias en que se ha convertido el monopolio de RTVE. ¿Por qué no se recuerda nunca a este respecto al Lord Acton que tanto gústase de citar en otros terrenos, con aquello tan bonito de que «el poder absoluto corrompe absolutamente»?

En relación con su electorado, una de las grandes limitaciones con que puede encontrarse el futuro gobierno es la de caer en la trampa de que su izquierda está desarmada y cautiva y de que, por tanto, la tarea más urgente consiste en templar los nervios de las fuerzas vivas de este país. Las trazas son, sin embargo, de que por ahí van los tiros. La mayor parte de la campaña electoral se ha hecho con los dos ojos mirando hacia la derecha, como si la izquierda estuviese obligada a apoyar la

opción mayoritaria del PSOE. Sin duda, la grotesca política del PCE de Santiago Carrillo había dejado a un amplio núcleo de electores sin otra posibilidad que votar socialista para no tirar su voto al mar. Pero no es menos cierto que, en el ejercicio del poder, el futuro gobierno va a tener difícil conciliar las demandas contradictorias entre quienes se esforzarán porque los cambios morales sólo afecten a lo moral y quienes —que son muchos— le aguardan prioritariamente en el terreno del paro, de la lucha decidida contra el golpismo y de la no alineación con ningún bloque militar, o lo que es lo mismo, que hay que salir de la OTAN y también imponer el desmantelamiento de todas las bases USA en nuestro territorio, porque, que uno sepa, no hay bases rusas. Hacer caso omiso de esas y otras exigencias, amén de incumplir las promesas electorales, podría impedir que el socialismo fuera incapaz de seguir hegemonizando la política de la izquierda. En el terreno sindical, una política de esas características iría en detrimento de la UGT, pues no hay que olvidar que, en plena pleamar socialista, en plena recepción de más de un millón de votantes comunistas, CC.OO. es la única fuerza extramuros que ha capeado el temporal y parece seguir manteniendo posiciones.

En resumen, si existe una gran asimetría entre la militancia y el electorado del PSOE, convendría que el futuro gobierno tuviese en cuenta que ese electorado es socialmente heterogéneo y que las fuerzas que esperan cambios concretos y prácticos, las fuerzas inmorales, constituyen una parte no despreciable de él. Las mismas condiciones que han favorecido el espectacular triunfo del PSOE pueden tornarse de inocentes cañas en duras lanzas si, como es de temer, una gestión que debería ser popular cae en la tentación de confiar en un tecnocratismo más ilustrado.

Finalmente, en relación con la propia militancia, existe un riesgo no desprecia-

**Sólo cabe irse al toro
y hacer la faena
que diez millones
de electores
esperan.**

ble. El Congreso Extraordinario del PSOE mostró a las claras que el malhadado 28 Congreso había sido un espejismo de la izquierda. Pero sería casi tan ilusorio creer que, en la realidad, el PSOE actual es tan monolítico y templado en acero como darían a entender los plebiscitarios resultados de su 29 Congreso. Este último reflejó tanto la situación de euforia en que se encontraba su mayoría, una mayoría que todo da a pensar que no era totalmente homogénea, como las carencias de la Izquierda Socialista, indudablemente incapaz de ofrecer, no ya una alternativa, sino ni siquiera una concepción general que sirviese de punto de partida para una futura oposición. Pero ni los más entusiastas de la localidad niegan que esos dos factores de fondo se vieron increíblemente reforzados por unos estatutos, venerables tal vez, pero basados en una cerrada regla mayoritaria que, como cualquier novicio en ciencia política sabe, acaba siempre por ser el más imperfecto de los sistemas democráticos de representación y un obstáculo considerable incluso para que la misma mayoría se haga una opinión adecuada de la realidad.

Si la futura Conferencia de Organización del PSOE no halla los medios para una representación más generosa de las minorías (así, en plural), la dirección actual, arropada por las adhesiones incondicionales que siempre proporciona el poder, podrá seguir imponiendo sus criterios como una apisonadora. Pero seguramente ella habrá ganado así tan poco como los demás, abocando a la marginación interna a sectores y corrientes con los que será necesario contar para hacer que su propio proyecto sea capaz de imponerse socialmente.

En cualquier caso, la hora de la verdad ha llegado. No hay excusas para aliviarse ni tampoco para ver la faena desde la barrera. Sólo cabe irse al toro y hacer la faena que diez millones de electores esperan.